

11

MI PRIMER EDITOR*

Fernando Savater

Yo tenía veintitrés años, yo vivía en una dictadura, yo participaba devotamente en todas las broncas rebeldes que podíamos montar en la universidad, yo perseguía inútilmente a chicas enérgicas y ariscas, yo leía en francés a los situacionistas y a Cioran, yo profesaba el culto de Agustín García Calvo, yo era borgiano de primera hora y estricta observancia, yo escribía panfletos, yo quería por encima de todo —ay, aunque supusiera la perdición de mi alma ingenua e irredenta—, yo quería más que nada en el mundo publicar un libro: como tributo a lo que más placer me causaba desde la infancia, como homenaje amoroso. El libro aún no estaba escrito pero habría de ser sulfúrico en su fondo y exquisito en su forma, un combinado explosivo de doctrinas capaces de hacer saltar en pedazos la realidad establecida (junto a Cioran y García Calvo, dosis de Schopenhauer, de Clément Rosset, del pagano Celso y de Adorno). Sería inaudito, insopportable... pero no debía bajo ningún concepto quedar inédito. Ahí estaba el problema: en lograr editar tan magnífica ferocidad. La tarea de escribirlo me parecía sencillísima y casi accesoria. De modo que antes de nada me lancé a la búsqueda de un editor.

La editorial más próxima a mi casa era Taurus, que entonces ocupaba un chalet coquetón en la plaza de Salamanca

* Este capítulo aparece recogido en Fernando Savater, *Mira por dónde. Autobiografía razonada*, Taurus, Madrid, pp. 217-220.

frente al que había pasado muchas veces, camino del colegio. Y su director se llamaba Jesús Aguirre, un cura con fama de progresista —«rojo», decían entonces las señoras de derechas, auxiliar de Federico Sopena en la parroquia de la Ciudad Universitaria, confesor de mi amigo y compañero Enrique Ruano, después asesinado por la policía franquista— pero también de atrabiliario, sarcástico, impertinente y poco benévolo ante la torpeza de los principiantes. Allá que me fui, pasablemente tembloroso pero siempre más propenso a aceptar el ridículo que la renuncia. Aguardé un poco en la antesala y después me pasaron al despacho del dueño de mi destino. No había nadie... aparentemente. De pronto, tras la gran mesa llena de papeles, emergió una cara preocupada y algo traviesa, que me preguntó: «¿Se ha ido ya Sciacca?». Por lo visto llevaba bastante rato escondido a la espera de que desapareciese del horizonte Michel Federico Sciacca, un copioso polígrafo italiano que había marcado la pauta del pensamiento cristiano una década antes. Jesús Aguirre tuvo que heredar sus obras traducidas de la dirección anterior de Taurus y también su insistente presencia periódica aportando nuevos volúmenes regeneradores, de los que ya no sabía cómo librarse.

De todo esto me enteré luego, porque yo era sólo un niño y no conocía a Sciacca (¡nene, Sciacca!) ni a casi nadie. A todos —filósofos, novelistas, poetas, editores, periodistas...— los iría conociendo después gracias a que Jesús me los fue presentando y luego recomendando o desaconsejando con idéntica vehemencia que yo nunca discutí. En el chalecito de la plaza de Salamanca organizaba cócteles y presentaciones literarias («saraos», solía llamarlos) por los que aparecía la crema pos-tinera de la intelectualidad y a los que me conminaba a asistir. A mí siempre me ha costado muchísimo acordarme de los nombres de la gente a la que me presentan en este tipo de eventos, los confundo a todos al reencontrarlos dos días después. Para que se hagan una idea: una tarde aciaga confundía a Luis

Carandell con Caballero Bonald... Nunca he sabido por qué, pero suelo memorizar mejor a los que son altos: de modo que me aprendí a Javier Pradera antes que a José Mari Guelbenzu, a Juan Benet antes que a Juan García Hortelano, a Castellet antes que a Ayala. Pero todos fueron entrando en mi santoral: ¡lástima que hoy tantos de aquellos santos lo sean ya de veras, lejos de los «saraos» de este mundo! Todos me parecían importantísimos y admirables, puesto que se dedicaban a menesteres literarios. También solían estar presentes otros próceres, de la economía o la política, abogados, empresarios, etcétera, pero los nombres de éstos ni se me quedaban entonces ni apenas los recuerdo ahora. Nunca me he ruborizado de emoción ante los dueños, sólo ante los juglares. Pero de todos ellos, mi mentor por excelencia, el ancla insustituible en el mar proceloso de letra impresa que yo quería navegar como otro Simbad, siempre fue Jesús Aguirre. Aquel día primero me bastó cruzar con azoro mi mirada miope con la suya que no lo era menos, separados por la barricada del escritorio, para decirme: «¡Éste es mi hombre!».

Lo fue, con generosidad sin reservas. Me editó aquel libro inicial, apañado en quince días después de nuestra primera conversación (*Nihilismo y acción*, probablemente el único libro que de verdad he *deseado* escribir: los restantes no han sido más que mera repetición de un gesto consabido) y luego todos los demás que le fui proponiendo. Se volcó especialmente con *La infancia recuperada*, contra el que algunos consejeros literarios de la editorial le previnieron como un «mero capricho» (lo cual era, por supuesto, y a mucha honra). Me aconsejó traducir a Cioran —fue el único autor que yo le descubrí— y me encargó formalmente traducir a Georges Bataille, al que ni yo ni casi nadie en España conocía. Pero además se ocupó de remendar un poco mi siempre deficiente y anárquica formación intelectual (Benjamin, Starobinski, tantos otros, nunca se lo agradeceré bastante) al tiempo que in-

tentaba ponerme de largo en la vida social, esto último con muchísimo menos éxito. Yo me iba por las mañanas a su despacho en la plaza de Salamanca, sin cita previa, me plantaba allí, a escucharle, y él —en lugar de esconderse tras el escritorio para ahorrarse otro pelmazo— me contaba muchas anécdotas picantes o maliciosas de personas ilustres cuyo nombre jamás me sonaba. Yo sonreía con aire enterado, sin enterarme, pero sabiendo que éramos amigos.

Luego yo me casé —y él ofició como cura la inverosímil ceremonia— y después dejó de ser cura y fue él quien se casó, convirtiéndose no menos inverosímilmente en duque de Alba. Se tomó con toda la seriedad que permitía su naturaleza irónica este nuevo papel en la comedia de enredo que vivimos todos, queramos o no, lo sepamos o no. Seguimos tratándonos pero ya mucho más esporádicamente, porque yo estoy hecho para convivir con editores, no con duques, que me confunden. Pero seguro que su vida no por eso fue más rara que la mía y desde luego siempre, siempre he seguido pensando en él con afecto, con agradecimiento y con un poco de asombro porque me hiciera tanto caso durante tanto tiempo.

El día en que me enteré de su muerte recordé una anécdota digamos que teológica de nuestro compañerismo. Una mañana cualquiera estaba yo sentado en su despacho dando la lata y él había interrumpido la charla para hablar por teléfono con no sé quién (atendía a sus asuntos con perfecta libertad delante de mí, porque me sabía socialmente inofensivo). Se quejaba con su inimitable *nonchalance* de las amarguras existenciales y su interlocutor debió de hacerle alguna recomendación piadosa, quizá burlesca, a la que respondió con un tono tan súbitamente grave que me impresionó: «La fe es la salvación, pero no un consuelo». De esas cosas tampoco sé nada, Jesús, aunque cuentas como siempre con mi apoyo por si te hace falta y sobre todo en el caso de que ya no te haga falta.